MEMORIA

DEL

Excmo. Sr. D. Jacinto Bonilla,

SOBRE LA NECESIDAD DE UN LÉXICO GENERAL Y COMÚN Á TODOS LOS PUEBLOS QUE HABLAN LA LENGUA CASTELLANA

SEÑORES:

Siendo en realidad el idioma gloriosa bandera de los pueblos, y tratándose ahora más que nunca de intimar relaciones entre todos los que se ennoblecen con la lengua de Castilla, hemos escogido, entre los variados é importantes asuntos sometidos á la deliberación del Congreso, el que se anuncia..... «Necesidad de un léxico general y común para todos los países en que se habla el castellano». Comenzaremos por decir que preferimos este nombre, que es el origen al de español, como otros lo llaman; primero, porque en la Península, y aun dentro de nuestra nación, se hablan otras lenguas, y segundo, porque en América y otros países se usa también, y no como lengua de conquista, sino como única oficial común, sin perjuicio de que con esa tenaz vitalidad, propia de los organismos lingüísticos, se conservan los de sus primitivos habitantes.

Prescindiremos, en una Memoria eminentemente práctica, de investigar su filiación y sus orígenes, pues el Congreso no es una asamblea de filólogos: nuestro fin es únicamente indagar los medios de formar un léxico general que, no sólo no tenemos, sino que no está aún en vías de formarse. Y no lo está por el exagerado purismo, (1) que podrá tener valor literario, pero que no lo tiene social, como en nuestra época se necesita. Enhorabuena que tratándose de las lenguas clásicas y muertas se declare cerrado el período, por decirlo así constituyente, y no se enriquezcan los diccionarios más que

---

(1) Desde el principio debemos advertir que, al consignar las palabras «purismo» y «puristas», está muy lejos de nuestro ánimo inquietar en lo más mínimo á los ilustrados representantes de la tendencia que hemos denominado así, acaso con abuso de lenguaje. De igual modo debe prevenirse que no menospreciamos, en lo que aparezca redactado, los trabajos de la docta Academia en materias filológicas, pues reconocemos su indiscutible mérito, y únicamente pretendemos que se amplíen, poniéndoles digno remate con lo expuesto en la presente «Memoria».

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

con palabras de los siglos de oro, y por un lado se tributen elogios á Faciolati y á los Freund, y por otro á los Ducange; pero en los idiomas que viven y, como todo sér que vive, se alteran, ese rigorismo no puede sostenerse, y á ningún propósito de interés social conduce. Entre tanto que las Academias forman esos depósitos sagrados del clasicismo, deben otros escritores auscultar al pueblo y recoger, con las palabras de todas las provincias y de todas las clases, las ideas propias de las mismas. ¿Pues qué; los novelistas, los periodistas, los autores dramáticos y, alguna vez, los historiadores y los escritores técnicos, casi siempre no han de recoger esas palabras? Comprenderíamos las novelas, por ejemplo, de Mr. Dickens, si en el inglés no se hubiesen formado esos diccionarios cuya falta deploramos. ¿Y podríamos leer *I promessi sposi*, del gran Manzoni, si semejante obra no se realizare con los dialectos italianos, entre los cuales figura el de Lombardía? Varios dialectos contribuyeron á formar la lengua griega, y otros varios la del Lacio; esto, prescindiendo de que de la misma suerte se formaron el francés y el castellano actuáles. Los académicos y puristas han empobrecido el caudal de las lenguas, renunciando, como los franceses dicen, *de gaîeté de cœur*, á muchos de sus tesoros.

En el Diccionario de nuestra Academia Española se registran vocablos de procedencia provincial, aunque no todos los que debieran figurar en este concepto, y lo que es más extraño, varios de origen americano. ¿Por qué no han entrado otros que deberían ocupar un puesto en aquel libro, con tanto fundamento como los aludidos? (No sabremos dar otro motivo á tal exclusión que el exagerado purismo de los literatos.) De la lengua latina formaron parte algunas, aunque pocas, palabras españolas y galas: pues bien; aquellas que, de seguro, al lenguaje vulgar correspondían, son las de más antigua alcurnia: testigos, las palabras *gurdus, lancea* y otras que los arqueólogos de la filología y los eruditos nos han conservado. No dejemos perecer esos restos de edades, que fueron preciosos legados de nuestros padres: procuren los escritores darles el diploma que esperan de los modelos literarios, ó, al menos, consérvense y regístrense, para que sean universalmente entendidos por todos los que cultivan el mismo idioma.

Ocurrió con los europeos transplantados al nuevo continente, lo que no podía menos de suceder: modificáronse, bajo la influencia de diferentes causas, la distancia, la necesidad de expresar necesidades antes no sentidas; la diversidad de usos y costumbres tenían que dar este resultado. El inglés, en los Estados Unidos, ha sufrido una transformación profunda hasta en la ortografía, que, después de todo, mientras escriban una lengua importada las personas instruídas, es lo que mejor puede conservarse. ¿Qué extrañamos, pues, que otro tanto suceda al castellano? Desde que el comercio se apodera de una lengua, y en ese caso se hallan todas las europeas en América, esas transformaciones se hacen, no solamente inevitables, sino también graves; y

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

á medida que pasa el tiempo y las relaciones se estrechan, hácense mucho más importantes. El léxico general, no sólo las recoge, porque también las fija y las explica; y después de esto, ya no hay temor de que la modificación pase de ciertos límites y un idioma vaya, lenta é insensible, pero seguramente, cambiándose en otro. Sin duda lo tuvieron así en cuenta los que designaron, para el Congreso Literario Hispano-Americano, el tema que sirve de objeto á nuestras ligeras observaciones.

Fundadas las Academias correspondientes de la Real Española en las Repúblicas americanas, ¿cuál ha de ser el principal trabajo de aquéllas más que recoger esas nuevas formas que en el otro continente va tomando el habla castellana? No dudamos que así lo harán y que, gracias á esas investigaciones, se descubrirá para nosotros todo un nuevo mundo literario. Si antes de fijarse la parte del léxico á que aludimos, se escribiesen por los americanos obras maestras en cualquier ramo de la literatura, no las apreciaríamos en la Península en lo que realmente valen; los emigrantes de nuestro país no podrían comprender á los que hablan allí el castellano; en realidad, hablaríamos americanos y españoles diferentes idiomas. Y no se diga que en el mismo caso estamos nosotros respecto á los provincialismos de la Península; porque éstos, dentro de la misma capital de la Monarquía, podemos conocerlos, gracias á la continua y diaria comunicación que sostenemos con los oriundos de las mismas. Al contrario, cuando de repente se hallan nuestros emigrantes con ese castellano de América jamás oído; cuando nuestros literatos tienen que recorrer, ó tal vez examinar y juzgar, aquellas obras, tienen que confesar su ignorancia. Si al menos el Diccionario de la Real Academia Española no hubiese dado hospitalidad á ciertas palabras provinciales y nacionales de América, nada podríamos decirle: pero, ¿por qué acoge á unas y cierra la puerta á otras? ¿Es porque no las reputa del fondo del idioma? Díganos el motivo de la expresada diferencia. ¿Es porque no las conoce? Pues en este caso debe estudiarlas, principalmente en nuestros días, en que la tarea se ha hecho fácil.

Los escritores americanos que después de la independencia se fijaron en la antigua metrópoli, los Baralt, García de Quevedo, Magariños Cervantes, Pezuela, Ventura de la Vega y otros, como dejaron aquellos territorios, dejaron sus provincialismos, y sin necesidad de conocer éstos, podemos conocer y admirar sus obras; pero no así cuando se trata de los que allí quedaron y desde la independencia hasta hoy nacieron y adquirieron bien merecido renombre literario.

Si los examinan nuestros puristas, por una parte desconocerán las bellezas de sus escritos y por otra los excomulgarán, negándoles la entrada en el Parnaso castellano. Exclusión, ciertamente, injusta y por todo extremo infundada. O ¿necesitarán un glosario como el *Romancero del Cid*, ó las coplas de los juglares antiguos para que los entendamos? La necesidad de recono-

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

cer á cada escritor su verdadero mérito, hace que, aun en el concepto literario, sea precisa la formación de ese léxico general y común, cuya formación desea y esperamos que pida el Congreso Literario Hispano-Americano.

Sin salir del terreno puramente literario, hoy que se reconocen los estudios del *Folk Lore* como importantes y de gran utilidad, es innegable que deben observarse esos nuevos brotes y retoños de la frase castellana. Verdad es que el movimiento *folklórico* há pocos años iniciado entre nosotros, parece que se ha paralizado; pero también lo es que semejante paralización no ha de ser duradera, y que los estudios históricos y literarios volverán al cauce que se habían abierto, con general aplauso. Las naciones extranjeras no se han detenido en esa vía; ¿por qué hemos de hacerlo nosotros? Precisamente ese estudio de cosas del pueblo, el pueblo lo puede hacer sin distinción de clases, pobres y ricos, y tanto ignorantes como sabios. Ni se diga que nuestra lengua se ha fijado de una manera definitiva en su léxico, que debemos hablar, ni más ni menos, como los autores del siglo XVI, porque el poseimiento de nuestras letras en el siglo anterior y en el actual no indica, en manera alguna, que nos hallemos en plena decadencia literaria. Y aunque en ella estuviéramos, el Diccionario debe recoger, como ya indicamos, tratándose de lenguas vivas, todos sus estados y manifestaciones, como consulta el médico el calor vital y el pulso del enfermo, hasta que desaparece el último signo de vida. El léxico latino recoge frases de Apuleyo y de San Isidoro, como de Ennio Pacuvio, Cicerón y Virgilio, vocablos nacidos en la Libia, como en el Asia menor, en España y en Galia.

Los ingleses han enriquecido considerablemente su idioma admitiendo con gran facilidad palabras extranjeras ligeramente modificadas, *parce detorta*, como diría Horacio: no queremos tanto nosotros; antes, como el venezolano Baralt, combatimos y combatiremos la invasión de los galicismos; pero los provincialismos de América, nacidos de la misma conversación castellana, no se encuentran en el mismo caso. Si esas palabras formasen parte del léxico general y común, no se distinguirían dentro de algún tiempo del castellano de Castilla, como no podemos distinguir hoy del verdadero latín del Lacio los modismos *paduanos* (patavinistas) que sus contemporáneos notaban en Tito Livio, hoy y para el mundo moderno escritor á todas luces clásico.

No han nacido esas palabras, repetimos, en medio de las selvas vírgenes de América, sino del natural y progresivo desarrollo de la frase castellana; y aunque sigan prosaicos del estilo de los que llamaremos *sexcentistas* españoles, si existen por ventura, deben ser hospitalariamente acogidas en un diccionario exento de preocupaciones literarias. El emigrante y el comerciante desearían saber todo esto, así como lo desearía el literato peninsular, al encontrar obras americanas en que figuren dichas palabras, y aun frases; porque, obsérvelo bien el Congreso, tal como hoy estamos, no es igual la

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

partida para los americanos y los españoles: ellos conocen todo nuestro léxico; nosotros ignoramos la mayor parte del suyo.

Observemos de paso que, al formar el léxico que pretendemos, deberían desterrarse de él las palabras de alcurnia verdaderamente indígena, que no han enriquecido, sino desfigurado, el castellano que se habla en las Repúblicas americanas. Las que de aquel origen registra la Academia, que son bien contadas, forman una justificada excepción, y de esas es evidente que no hablamos. Pero si se atiende á que muchos de los provincialismos ó nacionalismos americanos no son otra cosa que nuevas acepciones de los antiguos vocablos de Castilla, fácilmente se comprenderá que éstos podrían admitirse en el léxico si consideraciones verdaderamente graves se opusieran á esta adopción. Añadamos que acepciones diferentes, sobre todo si son metafóricas, pueden admitirse bien como nuevas; pero no las que hayan dado á la palabra significación contraria á la positiva y bien comentada en nuestros clásicos. Estas no se podrían recibir así recuñadas, porque realmente vendrían á formar un nuevo idioma. Observemos también que, así como los judíos españoles, por África y varios países de Oriente repartidos, conservan y usan un castellano quizá más puro que el nuestro, en cuanto es arcaico, otro tanto se ve en América, á donde los conquistadores llevaron el habla de Castilla durante el siglo de oro. «Y quién sabe si por lo que llaman *atavismo* los naturalistas, no vendrían de los extremos del nuevo continente á éste del antiguo que habitamos, palabras y frases muy castizas á los oídos de nuestros padres.» Y, en todo caso, serían los puristas los primeros que aplaudiesen la formación de ese léxico, al que, por regla general, suponemos que no se han de mostrar muy aficionados. Qué escritores americanos se recuerdan grandes conocedores de nuestro idioma, sábelo quien conozca los nombres de Bello, autor de la mejor Gramática de la lengua castellana; de Calandrelli, de un Diccionario etimológico al que nada parecido hay entre nosotros; de Baralt, que señaló verdaderos y falsos galicismos con gran erudición y segurísimo tacto; de Cuervo, que en París acaba de acometer la singular empresa de formar un Diccionario de sintaxis y frases castellanas; de Ovidio Limardo, en la Nueva Granada, que con pasmoso conocimiento de nuestros clásicos ha fijado, en muchísimas palabras, el propio significado que enseñan y uso que debe hacerse de las mismas. Bello no dejó de indicar en su Gramática algunas reglas, y excepcionadas, tomadas, no de lo que se usa en la Península, sino de lo que en América se hace. Basten los indicados ejemplos para demostrar que hay, entre los escritores y literatos de aquellas naciones, quien puede y gustaría de contribuir, con valioso contingente, al trabajo filológico que ahora recomendamos.

La imparcialidad nos obliga á decir que en nuestras palabras no se envuelve el menor cargo contra lo que ha hecho la Real Academia; porque si le falta casi todo lo de América, también le falta mucho de lo que podría

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

haber recogido en las provincias de España. Sin citar más ejemplos, cumpliríamos con lo que le falta al Diccionario del léxico *bable*, después del euskaro, el más antiguo y, por esta circunstancia, venerable dialecto de los que en la Península son usuales; que del dialecto aragonés, le falta mucho de lo que indicó en su Diccionario provincial D. Jerónimo Borao, y que en las montañas de León se habla el dialecto berciano, del que nos han hablado viajeros y escritores alemanes antes que nuestros mismos compatriotas. ¿Cómo extrañar, pues, la falta de los provincialismos americanos? Por desgracia, la literatura hispano-americana es muy poco conocida en la Península, y del gran Centenario que ahora se celebra, esperamos que sus más preciados frutos produzcan el de ese tan útil como grato conocimiento. ¡Qué pocos recuerdan entre nosotros la novela *María*, del colombiano Isaac, cuya celebridad ha recorrido la mayor parte de América y Europa! Y las colecciones de poesías de la señorita Witstein, publicada en Leipzig, de Peza, titulada *Lira Mejicana*, que vió la luz en Madrid, y algunas otras, no son mucho más conocidas. No sucede otro tanto con nuestras obras en América, por más que las obras francesas sean allí, como en todas partes, preferentemente leídas. También esperamos de este Congreso que, sin perjuicio de la propagación de los libros de mérito, se aseguren los derechos inherentes á la propiedad literaria; porque, sin algún estímulo, siempre resultará efímera la prosperidad de las ciencias y de las artes.

Esta última consideración nos trae de nuevo á la memoria la parte de utilidad real que debemos esperar de la formación del léxico general y común á todos los pueblos que hablan la lengua castellana. ¿Quién será capaz de precisar y enumerar, no ya, diremos, las ventajas del comercio, sino las infinitas circunstancias que influyen en su desarrollo? La comunidad de idiomas es, indudablemente, una de las de mayor significación, y ya dejamos apuntado que, sin gramática y diccionario generales y comunes, las lenguas se desorganizan y se hacen diversas de una misma que en su principio las produjo. Con gramática y léxico fijos, bien pueden ocupar tanta extensión de territorio como el griego y el latín en la antigüedad, el español en nuestro siglo de oro, ó el francés y el inglés en nuestros días. Pero sin aquellos vínculos, la desorganización es tan natural como inevitable. Y para los millones de individuos que hablan todas las lenguas, sin atenerse á los principios gramaticales, ó por no haberlos aprendido, ó quizá por haberlos olvidado, el único vínculo que existe es del Diccionario. Si americanos y españoles profesásemos á la lengua común y materna el amor que debiéramos, ya hubiéramos tomado otras medidas para conseguir ese resultado. La Gramática de nuestra Real Academia ha sido admitida para la enseñanza en las escuelas por alguna República americana, la que por tan acertada providencia merece nuestras más entusiastas felicitaciones. Falta la segunda parte de la mencionada tarea; esto es, que se adopte la última edición de nuestro

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

Diccionario, esto por parte de los americanos y por la nuestra; que estudiemos, recojamos y en cierto modo perpetuemos, en el léxico, las frases y modismos acreedores á esta honra entre las que nuestros hermanos usan allende el Atlántico.

Un emigrante español ya restituído al seno de la madre patria, el señor Sánchez Somoano, ha publicado poco ha un librito que no debe pasar inadvertido para los amantes de los estudios filológicos. Nos referimos á un opúsculo de frases y proverbios mejicanos, que ha engarzado en verso para que sea menos molesta una lectura que es útil, pero que, de otro modo, á juicio del autor, podría parecer algún tanto árida. Mucho nos alegraríamos de que trabajos parecidos al del Sr. Somoano diesen á conocer á los españoles las curiosas modificaciones de la lengua castellana en cada una de las nuevas Repúblicas.

Hoy se constituyen en Francia muchas sociedades con el propósito de extender, con el conocimiento de la lengua, la influencia de la nación, y este movimiento responde ciertamente al de renacimiento en la colonización que allí se observa. Ya sabe el Congreso que el francés es idioma de la diplomacia, de la sociedad más culta de todos los países, el preferido para las obras que hoy se llaman de vulgarización, porque se juzga, por varias de sus dotes, muy adecuado para la enseñanza. Si esto es cierto, como no puede negarse, extrañarán algunos que el espíritu de asociación intente hacer lo que la moda y las indicadas circunstancias dan ya hecho, y, sin embargo, gracias á esos propósitos y trabajos, la lengua de Voltaire, y Corneille, de Bossuet, Fenelón y Mirabeau, se extiende más y más, y no parece próximo el día en que su preponderancia y sus conquistas disminuyan. ¿Cuánto más no debíamos trabajar en análoga empresa los españoles y los hispano-americanos?

La obra que recomendamos no es para hecha en un día, ni aun en pocos años. Reunir sin depurar esas palabras que desearíamos ver añadidas á nuestro Diccionario general y común, tanto valdría como contribuir nosotros á una profunda alteración que tenemos interés literario en evitar. Las lenguas mueren por vejez, y por enfermedad natural y violentamente, como dejan de existir los hombres. Hay, además, corruptelas y barbarismos que deben á toda costa proscribirse; y si los hay en el centro de Castilla, ¿cómo no los ha de haber en las vertientes de los Andes y otras lejanas comarcas? Hay allí, como aquí, galicismos; allí como aquí, arcaísmos; allí, como entre nosotros, neologismos que no han contraído mérito alguno para que figuren como de buena ley y alcurnia castiza en un buen diccionario de nuestro idioma. El *roman paladino*, ¿es acaso la lengua vulgar? No lo creemos.

Siempre hallarán, entre nosotros, mejor acogida los arcaísmos que los neologismos atrevidos é injustificados. Somos en este punto de la opinión del doctor Monlau, tan elocuentemente expuesta en su discurso de recepción en la Real Academia Española. Entre otras cosas que hemos olvidado, so-

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

bradamente influídos por los extranjeros, está esa lengua que juzgaba propia el emperador Carlos V para hablar con Dios, y que, al oído de los extranjeros, suena con inexplicable acento de majestad y grandeza que nosotros ya le descubrimos. Y esa majestad, esa grandeza, ese *os rotundum* que hallaban los latinos en la frase griega, y nosotros en la del Lacio, de la palabra y de la sintaxis depende, y acaso más de la primera que de la segunda, cuando se percibe en individuos y en autores que no construyen todos igualmente, ni por el mismo patrón, los elementos de su idioma. Condenamos la afectación; mas no el arcaísmo bien traído, aunque se use tan frecuentemente como los historiadores Mariana y Toreno, á quienes alguien por ese concepto ha censurado. Y si esos arcaísmos vienen de allende el Atlántico, serán pocos los que conozcan su fe de bautismo y sepan descubrirles las canas. Que algunos habrá de éstos en el léxico que recomendamos, es, á nuestro entender, indudable.

Decíamos que no sería empresa de poco tiempo la propuesta; pero nunca piensa en el tiempo que cuestan el que se preocupa de la bondad, de la necesidad y solidez de las obras, ya se refieran á los materiales intereses, ó ya á los morales. La del diccionario de una lengua viva jamás se concluye, y, como todas las producciones del humano ingenio, nunca resulta perfecta á la medida que la concebimos, lo cual no impide que las personas dignas de intentarlo trabajen para conseguir su propósito. Lo primero que ocurre al tratar de una palabra, es tomarle la filiación; esto es, su etimología, y, sin embargo, hasta la última edición ha pocos años publicada, falta al Diccionario castellano la parte etimológica. La Academia se fundó en una época en semejante estudio poco adelantada, y en que se oía como un oráculo á Voltaire cuando decía que nada era la etimología como conocimiento científico, puesto que nada significaban á las palabras las vocales y poco menos las consonantes. En cambio prevalecían los estudios de *propiedad latina* al publicarse alguna edición, y en ella se estamparon á las palabras castellanas equivalencias latinas, de las que no hemos de hablar, y mucho menos para aplaudirlas en su mayor parte, por ser este asunto muy ajeno del que ahora tratamos. No de otra suerte, hoy que se quieren estrechar las relaciones entre todos los pueblos que hablan castellano, debe recogerse el *verbo* para hacer común la *idea*, y eso únicamente puede conseguirse borrando el carácter de nacionalidad de la palabra cuando no debe conservarse el actual exclusivismo. En cuanto á los medios que hayan de ponerse en práctica para lograr el referido objeto, diremos que el más eficaz sería el recíproco conocimiento de las literaturas de aquende y allende el Atlántico, prefiriendo éste al de literaturas extranjeras. La francesa es la que ha hecho más daño á nuestro idioma, no tanto por su estudio, sino por la manera irreflexiva con que se ha hecho. Asentimos á lo dicho por un gran tratadista español, D. Antonio Alcalá Galiano, al sostener que, estudiando bien las lenguas

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

vivas de otras naciones, puede mejorarse el propio idioma; pero estamos bien convencidos de que todo lo contrario sucede cuando ese estudio se hace á la ligera. Se toman prestadas palabras y frases que desfiguran y bastardean el castellano y que no conocen los que no se alimentan con la lectura de mal traducidas novelas. De aquí nace que sepamos más del *argot* francés que de nuestros propios provincialismos, por ser pocos entre nuestros escritores los que siguen los estudios de Fernán Caballero, de Trueba y de Pereda. Pues con la lectura de libros americanos en España y de los españoles en América, nada de esto sucedería, ni podrían unas á otras conocerse estas sociedades de origen común, aunque desarrolladas hoy diversa y paralelamente, sin penetrar en los secretos del idioma peculiar, que ni allí ni aquí, repetimos, parece haber llegado á una época de decadencia.

Este medio es lento, por más que lo juzgamos seguro y eficacísimo; por consiguiente, hay que pensar en otros, y entre ellos ninguno mejor que la formación de léxicos provinciales y nacionales que de preparación sirvan al común y general que se desea, no menos que la adición de glosarios á las obras literarias, en prosa y verso, que se refieran á las costumbres provinciales y nacionales. Y para redactarlas, creemos indicadas, como ya dijimos, además de los escritores que en ese terreno ensayen sus fuerzas, las Academias correspondientes de la Española en las Repúblicas hispano-americanas, y aun en las mismas Antillas, donde hasta ahora no existen. Apenas se ve en el Diccionario un provincialismo de Cuba ó de Puerto Rico, donde los hay y deben examinarse y recogerse. Esas mismas Academias, ó la Española en su caso, deben depurar, *limpiar y fijar* el resultado de esa cosecha, y admitir ó no, según lo que del examen resulte en el Catálogo general del idioma, las palabras y frases recogidas. Si los estudios que hoy se llaman de *Folk Lore*, ó de *saber popular*, fuesen más gustados, no vacilamos en creer que mucho contribuirían al resultado que apetecemos. Extiendan, pues, á falta de otras, á estos conocimientos, su competencia las Academias correspondientes, y en poco tiempo se habrá hecho más de lo que generalmente se piensa y en un período mucho más breve que el necesario para conseguir el mismo fin, con sólo el conocimiento y la lectura de las obras literarias que antes recomendábamos. Mientras el *Folk Lore* no tome el puesto que de justicia le corresponde en la actual cultura, la ciencia, digámoslo así, aristocrática, estará privada de elementos que le convendría reunir para engrandecerse. Y si algún ramo del humano saber necesita esa cooperación, es la filología, porque las lenguas son creaciones de los pueblos. Enhorabuena que los sabios y los literatos las pulimenten; no son obra suya, ni pueden de tal manera variarlas que siempre les impongan leyes. Tal pretensión no hay poder en la tierra que se la abrogue; los déspotas del Romano Imperio, que podían conceder la nacionalidad romana á los germanos y á los galos, no tenían bastante fuerza para otorgar semejante concesión á las palabras, y

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

uno de aquellos Césares vió frustrados sus esfuerzos cuando, juzgándose omnipotente, quiso en vano añadir algunas nuevas letras al alfabeto latino.

Ignoramos lo que piensa, respecto á nuestro asunto, la Academia Española; pero suponemos que no será contrario al nuestro su espíritu, porque, en parte, lo indican sus obras. Verdad es que si su Diccionario se compara con los debidos á escritores particulares, se verá menos rico en palabras; pero no es menos cierto que si la comparación se establece entre varias ediciones de su obra, y aunque sea entre dos consecutivas, fácilmente se verá que es constante y no interrumpido el aumento, y si no es mayor, será probablemente porque hasta ahora no se ha agitado el pensamiento capital de la Memoria que presentamos al Congreso.

De sentir es que en la Gran Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, una de las mejores obras de nuestro siglo en España, no hayan tenido cabida autores americanos; pero lo que no hizo aquel laborioso editor, lo harán quizá otros que le sucedan; y si tal obra ó complemento de aquélla se emprendiese, creemos que pocas veces ó ninguna se habrán empleado las subvenciones para fines más laudables y fructuosos que el que en ese caso se conseguiría.

La formación de catálogos nacionales americanos es operación que, aun desde el principio, requiere cierta prudencia y gusto literarios que no todos poseen, puesto que no pensamos que sin algún examen deba todo admitirse. Habrán de separarse en dos diferentes secciones las palabras y frases admitidas en toda la extensión de una República y las que sólo se usasen por los habitantes de algún Estado, provincia ó departamento, formando con unas y otras varias categorías. Eso mismo ha hecho sin duda la Academia, cuando ha admitido ó desechado los provincialismos de las regiones españolas. El examen á que nos referimos debe hacerse sobre el terreno y en las mismas Repúblicas. Convendría también distinguir, entre las palabras que se escogiesen, las de uso puramente vulgar y las que hubiesen ya recibido alguna especie de bautismo literario con la inserción de las mismas en obras literarias ó científicas; también esto se hace en el Diccionario de la Academia con las palabras del fondo peninsular ó del primitivo castellano. Al apuntar una acepción, sería preciso no omitir todas las demás que se conociesen. Al buen juicio de los que comenzaren esta obra quedarían confiadas otras reglas que no intentamos mencionar aquí, porque no pensamos hacer más que ligeras indicaciones. No creemos que nuestra competencia en materias filológicas y literarias alcance á más ni que pueda hacerlo tampoco una reunión como la presente.

Una colección de refranes americanos sería del mayor interés, porque casi por completo los desconocemos. Podrían formar parte del léxico á la manera que se ha hecho en el Diccionario de la Academia Española. Suelen conservarse en los adagios las formas primitivas de cada idioma; y, aunque

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

no fuese más que en tal concepto, su estudio resultaría muy importante. Y lo será más cada día, porque al exagerado clasicismo en materias lingüísticas, ha sucedido tal vez la tendencia contraria.

Así como nos complacemos en reconocer que la América española ha producido notables gramáticos y poetas, la imparcialidad nos obliga á decir que algunos de los últimos han manifestado bastante descuido en la propiedad de los vocablos, en la ortografía verdaderamente nacional y en las relaciones de la pronunciación y la escritura. Si no supiéramos que Extremadura y Andalucía fueron las regiones de España que dieron más contingente á la población del Nuevo Mundo, lo conoceríamos al oir la pronunciación americana. Versos tan robustos y bellos como los del poeta de Caracas, Abigail Lozano, reproducen faltas de pronunciación que bastan á deslucirlos, al menos al oído castellano, haciendo que rimen consonancias defectuosas, como las siguientes, en una composición dedicada *A Dios* y que merece singulares elogios:

«Purísima inocencia le diste á la niñez;
»Si diste sed al hombre, le diste la cascada;
»Si hambre, en cada espiga la aprisionada miés.»

Otro defecto común en la poesía de los americanos es el *hiato* ó concurrencia de las vocales, que pocas veces evitan y que, en verdad, es raro entre nuestros vates, de lo que resulta desmayada la composición, no menos que con los defectos de consonancia, tratándose de la rima. Podríamos decir con Horacio:

«... ubi plura intent in carmine
»non ego paucis offendar maculis.»

Pero cuando se trata de faltas de tan fácil remedio, ¿por qué no ponerlo? como se pone en la Península, donde los poetas más medianos se distinguen por la carencia de semejantes extravíos, que saltan á la vista de los lectores. El mismo preceptista citado ya indicaba las causas de aquellos defectos á continuación de los versos referidos:

«Quas aut incuria fudit
»aut humana parum cavit natura».

Quejábase el poeta argentino Echevarría, en el prólogo de su poema *La Cautiva*, de que la poesía americana apenas había tomado, hasta su tiempo, lo que llaman los franceses *color local;* pero si esto era cierto, mucho más lo era, y lo es todavía, que, en cuanto á la forma y expresión léxica, no sabrán aquellos cantores desentenderse de los provincialismos y nacionalismos que, en la época de la independencia y las subsiguientes á ella, se levanta-

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).
Centro Virtual Cervantes

ban como enseñas de la insurrección. Hoy todo esto ha cambiado, porque los americanos reconocen, y no tienen inconveniente en confesar que, por lo menos, deben á la antigua metrópoli la lengua en que expresan sus oraciones á Dios, sus declaraciones de amor, sus descubrimientos científicos y, en una palabra, cuanto en ideas y en afectos forma los más preciados tesoros de la vida espiritual.

La novela no puede ni quiere prescindir, como tampoco el teatro, del popular lenguaje, porque la comedia, al menos, saca sus tipos y personajes de las mismas clases de la sociedad. La poesía satírica, al contrario de la épica y de la lírica, también usa de dicho lenguaje, y, sin su conocimiento, el gracejo y la intención del autor pasan completamente inadvertidos. No hay, si bien se mira, un solo género literario que no haga preciso tal conocimiento del lenguaje popular; porque siendo, á Dios gracias, lengua viva el castellano, aún no han adquirido todas las palabras ese marcado sello de nobleza que nos haga reputar de la misma elevada categoría todas las voces de las lenguas muertas.

Donde hasta ahora hemos visto más frecuentemente usados los modismos americanos, ha sido en esos grandes periódicos de Buenos Aires y otros países, que, hasta en su expresión, sirven á los extranjeros en las comunicaciones de índole científica y en aquellos libros donde la forma literaria es lo que menos se considera. Y como precisamente esos periódicos y esos libros son los que más se conocen á este lado de los mares, de ahí que se forme idea menos aventajada de lo que merecen las obras americanas. Novelistas, oradores y poetas de toda clase han existido y existen allí, como hace poco nos demostraba en artículos de revista el sobresaliente crítico D. Juan Valera. Si esperaban nuestros literatos, para estudiar las letras españolas en América, que uno de nuestros buenos hablistas pronunciare su panegírico, ha llegado este caso desde la publicación de los referidos artículos.

Aunque juzgamos que los concursos académicos y los premios concedidos en ellos no han ejercido jamás gran influencia en los progresos literarios y científicos, sin embargo tampoco los reputamos del todo insignificantes; y si en los de América tomasen parte nuestros conciudadanos, y los americanos en los de la Península, en el transcurso del tiempo se obtendría esa frase común castellana, que fuera, como el *toscano* entre todos los dialectos de Italia, la flor de la expresión nacional, el dialecto común y general, como se decía entre los griegos. Ni las ciencias, ni las letras, ni las artes, reconocen fronteras: mucho menos deben existir entre los que hablan castellano en Europa y América. El uso de los dialectos contribuyó á dar variedad y riqueza de expresión al griego, al latín, al italiano: el francés y el castellano se han ceñido tal vez demasiado á su primitivo caudal, y acaso de ahí procede que ni uno ni otro idioma tengan verdadera frase poética. Y como las ventajas de estudiar, y aun de usar los dialectos, no se limitan á los tiempos

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

de la formación de un idioma, sino que, si bien en menos escala, pueden presentarse durante su vida, estamos persuadidos de que haría un bien considerable á nuestras letras el que diese á nuestros escritores en qué recoger para enriquecer y redondear la frase castellana.

Pero sean cualesquiera las ventajas que en la parte literaria se obtengan, para nosotros aún montan más las que de la formación del léxico español americano habrían de resultar para el comercio y para la comunicación internacional é intereses materiales.

Dos son ya las lenguas indicadas para predominar en lo porvenir sobre todas las europeas, el inglés y el español, sin que veamos en aquéllas una sola que por este concepto pueda compararseles. Dios lo ha querido así, y natural es que así suceda, porque Inglaterra y España han sido las dos mayores potencias colonizadoras. Si Alemania lo será ó no, andando el tiempo, Dios lo sabe; pero ni en lo poco que falta de siglo, ni en todo el vigésimo, llegará á emular á ninguna de las anteriores. El imperio anda rebuscando por los rincones del planeta las espigas que no pudieron entrar en las gavillas que formaron los ingleses y los españoles, ó que el viento de distintas revoluciones llevó muy lejos de las eras en que unos y otros las depositaron. Aprovechémonos, pues, de las circunstancias en que nos ha colocado la historia; no seamos ingratos con ella; pensemos siempre, no sólo en la posibilidad de una Confederación hispano-americana, sino en la necesidad de agrupar los esfuerzos de una raza que forman tantos millones de hombres que deben sostener en Europa el peso de una historia gloriosísima, lo mismo que aumentar su prestigio en la América del Sur y contrarrestar el empuje de otras razas en la América del Norte.

Ante idea tan elevada y noble, se dan la mano los genios de Viriato, Juárez, Isabel la Católica y Colón, Cisneros y Bolivar, Castaños y San Martín, la nueva España y la antigua, y no hay que olvidar que uno de los grandes elementos necesarios para esa ambicionada y útil confederación, es el filológico-literario.

JACINTO BONILLA

Talavera de la Reina y Octubre 8 de 1892.

CLHI. Jacinto Bonilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes